

Guiados por el Espíritu:

¿Quién es el Espíritu Santo?

■ Ann Brereton

EN ESTA EDICIÓN

Guiados por el Espíritu:
¿Quién es el Espíritu Santo?

Ann Brereton

El Espíritu sopla donde quiere:
Los peligros de la excesiva organización

Charles Whitehead

Preguntas a la Comisión
Doctrinal de ICCRS:
¿Puedo orar por la sanación estando enfermo?



El Catecismo de la Iglesia Católica afirma: “El Espíritu Santo, que es la tercera persona de la Trinidad, es Dios, uno e igual al Padre y al Hijo, de la misma sustancia y también de la misma naturaleza [...] por eso, no se dice que es sólo el Espíritu del Padre, sino a la vez el Espíritu del Padre y del Hijo”.

El Credo de la Iglesia del Concilio de Constantinopla confiesa: “Que con el Padre y el Hijo, recibe una misma adoración y gloria”.

El Espíritu Santo es una PERSONA de la Trinidad no alguna figura fantasmagórica. Está VIVO y activo hoy. El amor es su personalidad ya que es el amante divino, la personificación del amor que existe entre el Padre y el Hijo.

En la secuencia durante la Misa de Pentecostés Él es “el dulce huésped del alma”. “...El Amor infinito no es un visitante pasajero que nos hace una visita y luego se va. Él establece en nosotros su morada permanente y está en unión íntima con nuestras almas como su Huésped eterno”. Mora dentro de nosotros, no como un ser separado en una parte de nuestra naturaleza sino como nuestra misma vida.

Se le conoce como el ‘aliento de Dios’ y si dejáramos de respirar, dejaríamos de existir.

Es imposible responder completamente a la pregunta “¿Quién es el Espíritu Santo?” El “Sr. Google” hace conocer de más de 20 millones de

libros de autores que tratan este desafío. Como Dios, el Espíritu Santo es el misterio y, por tanto, imposible de entenderlo o explicarlo plenamente. Se nos invita a entrar en una relación con Él y es a través de esta relación que Él se nos revela; experimentamos

su presencia y podemos “conocerle”.

También las Sagradas Escrituras nos dan una visión de su Persona, Su ministerio y Su obra para que nos ayude a identificarlo en nuestras propias vidas.

La venida del Espíritu Santo es una Promesa del Padre

Jesús dijo que “aguardasen la Promesa del Padre, ‘que oísteis de mí. Que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días.’” No hay nada que podamos hacer para ‘tener’ el Espíritu Santo. Es puramente un don de amor del Padre. No lo podemos tenerlo adhiriendo a unas fórmulas, cumpliendo unas leyes, recitando determinadas oraciones. Simplemente



pedimos teniendo fe en que Dios mantendrá Su Promesa. San Juan nos dice que Dios no dosifica el Don del Espíritu Santo (Jn 3:34). La Promesa que habéis recibido es el Espíritu Santo sin medida.

El Espíritu Santo es fuente de Vida y la presencia de Dios en nosotros

San Pablo nos dice: “¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?” (1 Co 3, 16). Vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser solo en Dios. La presencia y la acción del Espíritu Santo son constantes en nuestras vidas. Él siempre está presente.

Tener el Espíritu Santo no quiere decir que nos sentiremos siempre bien o que tendremos siempre grande coraje. Se trata del hambre de conocer a Dios, para crecer más profundamente en el amor de Dios. Él sabe que el pecado grave en nuestras vidas nos separará del amor de Dios y por lo tanto nos convence de nuestro pecado, nos lleva al arrepentimiento sincero y nos da la gracia de superar los patrones de pecado en nuestras vidas. Ningún pecado es mayor que la misericordia de Dios; sin embargo, el Espíritu Santo es también un “caballero” y no empujara al camino en donde no se le busca.

El Salmo 51 nos dice que el Espíritu Santo tiene el poder de limpiarnos. En este salmo, atribuido al Rey David, podemos escuchar la agonía que está experimentando como resultado de su pecado. En los versículos 12-14 grita: “Crea en mí, Oh Dios, un corazón puro, un espíritu firme dentro de mí renueva, no me rechaces lejos de tu rostro, no retires de mí tu santo espíritu. Vuélveme la alegría de tu salvación y en espíritu generoso afiánzame”.

Todos somos pecadores y el Espíritu Santo está dentro de nosotros para revelarnos nuestro pecado, si le damos permiso. Lo hará en el amor, nunca con la condena y Él nos conducirá siempre más profundamente a la presencia y al amor de Dios.

«
La venida del Espíritu Santo es una Promesa del Padre.
»

El Espíritu Santo nos capacita con sus dones

Al principio de Su ministerio público Lucas nos cuenta que “Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y era conducido por el Espíritu en el desierto” (Lucas 4, 1).

Fue gracias a la presencia y al poder del Espíritu Santo que Jesús predicó, enseñó y proclamó el Reino de Dios. Fue por la presencia y el poder del Espíritu Santo que sanó y liberó. Fue por la presencia y el poder del Espíritu Santo que reveló el rostro de Dios a la humanidad. Fue por la presencia y el poder del Espíritu Santo que pudo abrazar la Cruz y Su destino. Y antes de ascender al Cielo nos dijo: “recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra” (He 1, 7-8). Es por la presencia y el poder del Espíritu Santo que se nos ha encargado seguir construyendo el Reino de Dios.

La audacia es la capacidad de obrar en el poder del Espíritu, y de ejercer los carismas del Espíritu Santo, recordando que el carisma mayor es el amor (1 Co 13, 8). Como Carismáticos somos muy conscientes de los carismas enumerados en 1 Corintios 12, y podemos repararlos con ganas y elegir aquellos que Dios nos ha dado. Una tentación es ‘clasificar’ los carismas por su importancia y sentirse un poco especial si tenemos uno de los más obvios carismas de poder. Esta tentación nos conducirá por el sendero de la propia gloria. Cuando el Espíritu Santo obra a través nuestro deberíamos tomarnos el tiempo para reflexionar y preguntarnos: ¿la alabanza y la gloria fueron para Dios o nos dimos (secretamente) una palmadita en la espalda por el trabajo bien hecho? Pablo advierte: “os digo a todos y a cada uno de vosotros: No os estiméis en más de lo que conviene...” (Rom 12, 3).

Hay que recordar que son dones de Dios, Él trabaja a través de nosotros y todos sus dones son dados para satisfacer las necesidades de los demás y para revelar el amor incondicional de Dios.

Su presencia trae transformación

El Espíritu Santo vino como transformador en forma de lenguas de fuego en el primer Pentecostés. Él es el que cambia las vidas de las personas. Cualquier tarea no importa lo grande o pequeña cuando se realiza por medio del Espíritu Santo se transforma en una ocasión para revelar la gloria de Dios. La administración se vuelve oportunidad; los encuentros casuales se vuelven citas Divinas; una simple oración puede convertirse en milagro; una sonrisa en la ocasión para mostrar el amor de Dios. El Espíritu Santo está dentro de nosotros ahora para transformarnos. Suplécate que te amolde. Que te transforme. Nunca asumas la actitud de que sabes cómo se moverá. (Rom 11, 33-34)

Deberíamos estar constantemente sorprendidos y asombrados por el Espíritu Santo. Recientemente el Santo Padre dijo: “Escuchen. Si la Iglesia está viva, debe sorprender siempre. Una Iglesia que no tiene la capacidad de sorprender es una Iglesia débil, enferma y mori-

bunda. Debería ser internada en terapia intensiva cuanto antes”.

En tiempos del Antiguo Testamento el Espíritu moraba en la Arca de la Alianza (el Templo). Ahora, Dios Todopoderoso por medio de Su Espíritu habita en nosotros. Donde quiera que vayamos llevamos Su Nombre. Donde quiera que vayamos llevamos la Presencia de Dios. Donde quiera que vayamos llevamos Su testimonio. El amor por Su pueblo. Hablando por teléfono, mirando la tele, somos testigos del Espíritu de Dios en nosotros. Debemos tener cuidado de no arrastrar la reputación del Señor por el fango por lo que decimos, lo que hacemos, donde vamos, etc.

Conclusión:

El movimiento del Espíritu Santo es constante y se está moviendo con poder en el mundo de hoy. “El propósito de Dios para la Iglesia y para el mundo es que tengan un rol lleno del Espíritu Santo”.

El Espíritu Santo está hablando a través de las cuestiones morales que enfrenta la Iglesia / en el mundo de hoy.

Él está hablando a través de los disturbios en Oriente Medio, a través de la crisis del Ébola que enfrenta el África occidental. Nuestra invitación es a “escuchar” lo que Él nos está diciendo a través de estas circunstancias. Escuchar con un corazón puro y no a través de nuestro filtro de juicio u opiniones. Como pasó con Elías Su voz puede que no esté en la lluvia, en el trueno o en el terremoto pero puede que esté en ese silbido apacible y delicado. Se nos invita a abrir de par en par las ventanas y las puertas de nuestro oído para escuchar la voz del Espíritu Santo. Podríamos sorprendernos de escuchar lo que está diciendo - pero la alegría, la esperanza y el valor alegrarán nuestros corazones.

No hay necesidad de temer el futuro. El Espíritu Santo conoce cada centímetro del camino por delante, cada curva, cada bache. Tendremos miedo si tratásemos de caminar por nuestra cuenta. Él anhela participar en cada parte de nuestras vidas. Habla con Él... Escúchale... Desarrolla una relación con Él.

¡El Espíritu Santo es real! ¡Él está vivo! Nuestro camino con el Espíritu Santo, “el dulce huésped del alma”, será diferente para cada uno de nosotros. Es un misterio que se nos invita a vivir - tener una íntima relación de amor.

Voy a terminar con las palabras del Arzobispo Luis Martínez en su clásico libro ‘El Santificador’: “Al Espíritu Santo se le debe dar su lugar apropiado. El lugar que corresponde por derecho en la vida cristiana y en la perfección cristiana. La devoción al Espíritu Santo no debe convertirse en... algo superficial e intermitente, sino constante y profundo, llenando las profundidades de las almas e impregnando las vidas con la dulce unción del amor infinito”.

¡Ven Espíritu Santo! 🏠

El Espíritu sopla donde quiere:

Los peligros de la excesiva orga-

■ Charles Whitehead



La Iglesia es tanto jerárquica como carismática, como nos recordó el Papa San Juan Pablo II en la vigilia de Pentecostés de 1997. Esa es su naturaleza, y es esencial para su vida y misión. Si la Iglesia fuera solo jerárquica no existiría vida sobrenatural en ella, pero si sólo fuera carismática habría una falta de doctrina y de estructura dando como resultado un santo caos.

Tanto la dimensión jerárquica como la carismática son co-esenciales para una Iglesia equilibrada. Nos puede ayudar el pensar en la Iglesia como en un velero. Sin vela, ese barco no iría a ninguna parte porque no sería capaz de atrapar el viento y simplemente iría a la deriva. Pero a menos que también tenga una quilla pesada por debajo la línea de flotación, no será capaz de mantenerse erguido cuando el viento sople y naufragará. Como cristianos, necesitamos desesperadamente atrapar el viento del Espíritu Santo, para ser guiados con Su sople mar adentro, pero también necesitamos la estabilidad de la autoridad doctrinal de la Iglesia para no estar en agitación. Los problemas surgen cuando hay una falta de equilibrio entre las dimensiones jerárquica y carismática, o bien sufrimos una pérdida lenta de toda nuestra energía y entusiasmo, o vivimos una experiencia estéril, sin frutos, en el caos carismático. Para evitar el riesgo del caos, podemos vernos tentados de imponer todo tipo de reglas y códigos que resultan siendo un legalismo opresivo y una falta de libertad en el Espíritu. Esto sucede porque existe algo muy dentro de nosotros que quiere controlar lo que está sucediendo, y va contra nuestras inclinaciones naturales el hacernos a un lado y dar al Espíritu Santo la libertad completa para obrar.

Es por esto que debemos estar siempre en guardia contra la tendencia insidiosa de organizar demasiado nuestros encuentros, limitando así la acción libre del Espíritu Santo. La excesiva organización a menudo viene cuando montamos equipos de programación y comenzamos a escuchar más a las opiniones de todos sobre lo que debería hacerse que a las suaves indicaciones del Espíritu. A menudo tenemos buenas ideas - ¿pero están inspiradas por el Espíritu? Normalmente sabemos el resultado que queremos obtener de un encuentro - ¿pero es esto lo que quiere el Espíritu Santo? Durante un tiempo nos volvemos unos expertos en organizar tanto grandes como pequeños eventos - ¿pero estamos permitiendo que el Espíritu Santo cumpla Su orden del día? Debemos tener cuidado con el exceso de organizar todo.

Cuando el Consejo del ICCRS invitó a unos cuantos líderes escogidos para la Consulta Profética en Belén en noviembre del 2013, se nos recordó drásticamente nuestra debilidad y dependencia en la primera sesión de la tarde cuando, sufrimos un apagón completo en nuestro hotel. Nos quedamos sin luz, sin micrófonos, sin amplificación y sin traducción. El mensaje espiritual profético que se derivó de este hecho fue, que podemos hacer muy poco sin el poder del Espíritu Santo. Supe inmediatamente lo que esto significaba. Durante mi liderazgo en la Renovación había empezado a pensar que sabía cómo hacer las cosas, de modo que a menudo me veía tentado a tomar el mando en lugar de esperar al Espíritu Santo.

Cuando el Papa Francisco se dirigió a la gran Asamblea de la Renovación Carismática Católica en el Estadio Olímpico de Roma el 1 de junio

de 2014, habló de las seis cosas que espera de la Renovación. Pero antes en su discurso destacó también otra área que ve muy importante: "Ustedes, pueblo de Dios, pueblo de la Renovación carismática, vigilad para no perder la libertad que el Espíritu Santo os ha dado. El peligro para la Renovación, como dice con frecuencia nuestro querido Padre Raniero Cantalamessa, es el de la excesiva organización: el peligro de la excesiva organización.

Sí, tenéis necesidad de organización, pero no perdáis la gracia de dejar que Dios sea Dios. «Pero no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento.

Después de la decisión del Vaticano II de promover los carismas (Lumen Gentium 12), estas expresiones sobrenaturales de la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia, necesitaban ser experimentadas por cuantos más católicos normales como fuera posible. La experiencia comenzó en el Fin de Semana de Duquesne en febrero de 1967, cuando los carismas estallaron en la vida de la Iglesia en EEUU, y luego se extendieron rápidamente al resto del mundo. La cantidad de personas que se involucraron en lo que pronto se describió como la Renovación Carismática, creció tan rápidamente que hubo una necesidad clara de liderazgo y algo de organización para proporcionar una buena administración de este don. En la mayoría de los casos esto funcionó bien, y el Señor ungió y dotó a aquellos a los que llamó a ser los primeros líderes. Pero, por supuesto, también hubo algunas personas que vieron una oportunidad para ejercer el control sobre otros y volverse importantes. Esto dio como resultado un liderazgo pobre y dominante que a menudo reprimía la libre acción del Espíritu Santo y la sustituyó con normas, reglamentos y maneras estructuradas de hacerlo todo. Cuando esto sucede, el Espíritu ya no se puede mover con libertad, y de nuevo es reprimido.

En su discurso al Tercer Congreso de Movimientos Eclesiales y Nuevas Comunidades, el 22 de noviembre de 2014, el Papa Francisco advirtió para no "enjaular el Espíritu Santo". "Es necesario para preservar el frescor de su carisma, nunca perderlo, renovando siempre el "primer amor" (Ap 2, 4).

Conforme pasa el tiempo hay una mayor tentación de sentirse cómodos, de volvernos rígidos en formas establecidas de hacer las cosas, que proporcionan seguridad, no obstante, sean estériles. La tentación de enjaular al Espíritu es una gran tentación. Si las formas y los métodos se convierten en fines de sí mismos, se vuelven ideológicas, alejado de la realidad que permite estar en constante desarrollo. Cerrados a la novedad del Espíritu, tales formas y métodos rígidos finalmente sofocarán el carisma que les dio vida".

Debemos estar constantemente en guardia contra los peligros de un excesivo control y del exceso de organización de nuestro carisma de la Renovación en el Espíritu, y debemos expresarlo cuando veamos signos de que esto está sucediendo. La buena administración de este increíble regalo de la Renovación Carismática dado para beneficio de toda la Iglesia, es importante, de modo que NUNCA debemos enjaular al Espíritu Santo y "perder la gracia de dejar a Dios ser Dios" (Evangelii Gaudium 280). 🏠



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

¿Puedo orar por la sanación estando enfermo?

Cuando estamos enfermos, es fácil frustrarse por nuestras limitaciones. No tenemos nuestra energía habitual, podemos estar limitados físicamente, y nuestros recursos emocionales y mentales pueden estar mermados. Sin embargo, una de las cosas que la enfermedad no puede limitar es nuestra capacidad de orar.

Santa Teresa de Lisieux describía la oración de esta manera: “Para mí, la oración es un impulso del corazón; se trata de una mirada sencilla lanzada hacia el cielo, es un grito de reconocimiento y de amor, abrazando tanto la prueba como la alegría”. San Juan Damasceno escribió: “La oración es la elevación de la mente y del corazón a Dios o la petición de cosas buenas a Dios”.

La esencia de la oración viene de lo que hay en el corazón. En los Evangelios, las personas llevaban sus peticiones a Jesús en una variedad de maneras. Nunca los detuvo diciendo que se arrodillarían primero o utilizaran las palabras “adecuadas”. En cambio, escuchaba los gritos de sus corazones y les respondía.

No existe enfermedad que nos impida elevar nuestros corazones al Señor. Él mira en las profundidades de nuestros corazones, y conoce los deseos e intenciones incluso cuando somos incapaces de comunicarlos claramente. De hecho, la enfermedad nos puede disponer a orar por la sanación incluso más eficazmente. Puede abrir nuestros ojos al dolor y a las dificultades que otros sufren. Podemos adquirir una percepción mayor de sus necesidades y podemos orar con más fervor.

¿Puedo orar por la sanación para mí?

Los Evangelios narran muchos ejemplos de personas enfermas, discapacitadas o afligidas que se dirigen a Jesús para pedir sanación. En cada caso, el Señor acogía sus peticiones con compasión y donándoles la sanación. Los Evangelios no contienen ni un indicio de reproche por estas peticiones. De modo que también nosotros no deberíamos dudar en pedirle al Señor la sanación. A Él le encanta responder oraciones hechas con gran fe. Sin embargo, si no somos sanados inmediatamente, podemos abrazar amorosamente nuestro sufrimiento, confiando en que el Señor lo utilizará para su gloria y para nuestro bien. Esto parecería estar en contradicción con pedir por la sanación, pero no lo está. Es una actitud de rendición activa: llevar nuestra petición a Jesús, pero confiando que Él responderá en su tiempo perfecto y de manera perfecta.

¿Puedo orar por la sanación de otros?

La enfermedad puede necesitar algunas decisiones de sentido común. Si tienes gripe o cualquier otra enfermedad conta-

giosa, obviamente no es prudente que asistas a un encuentro de oración o impongas las manos sobre las personas. Denota más amor orar en casa y evitar el riesgo de extender la enfermedad. Incluso si no está físicamente presente con aquellos por los que ora, Jesús no ve limitado su poder de escuchar y responder.

Si tu enfermedad no es contagiosa y estás tomando las medidas médicas oportunas para sanar, no hay razón para no orar por otros. No necesitas preocuparte por transmitir un espíritu de enfermedad. Cuando oras por la sanación, Estás pidiendo al Espíritu Santo que venga y ministre a la persona necesitada, y Él siempre responderá a tu oración.

Sin embargo, si sientes que estás siendo molestado u oprimido por espíritus malignos, deberías recibir tu mismo una liberación antes de orar por otra persona. El Señor quiere que seas libre y seas conducido por el Espíritu sin obstáculos.

Cuando no estamos seguros de cómo orar por un enfermo, orar en lenguas es una buena manera de comenzar. A menudo mientras oramos en lenguas el Espíritu nos dará un entendimiento mayor de cómo orar. “El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios” (Rom 8, 26-27).

Sufrimiento redentor

Hay un don especial escondido en la enfermedad: el don de unir nuestros sufrimientos a los de Cristo. Cuando estamos afligidos, compartimos Su pasión de una manera muy tangible. Nos da el privilegio de ofrecer nuestros sufrimientos en unión con los suyos, participando en su redención. San Pablo escribió: “Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1, 24).

Cuando estamos sanos, no tenemos este don para ofrecer. Pero cuando estamos enfermos y escogemos ofrecer nuestros sufrimientos como hizo San Pablo, se convierten en una oración poderosa en favor de otros. ¡Participamos en el triunfo de su cruz! Qué gran honor.

“Pues, así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación. Si somos atribulados, lo somos para consuelo y salvación vuestra; si somos consolados, lo somos para el Consuelo vuestro, que os hace soportar con paciencia los mismos sufrimientos que también nosotros soportamos” (2 Co 1, 5-6).